




*Están aquí para
ayudarnos*

Imágenes: iStock

Verónica Bujeiro



EN LA HORA MÁS OSCURA Y ACIAGA de la jornada laboral se escucha una plegaria por un auxilio que venga a aliviarnos en la mecánica que justifica nuestra existencia, la que nos somete a las órdenes de un superior, a la amenaza constante de ser reemplazados y que misteriosamente nos provee de aquel veleidoso concepto llamado “dignidad”. Es por ello que desde tiempos remotos, el sueño de la razón humana ha concretado la materialización de agentes que lo auxilién, máquinas que simplifiquen la labor o vayan más allá de nuestra fuerza, artilugios sobre los que siempre se ha deseado proyectar un otro creado a nuestra imagen y semejanza, un sustituto que acaso constituya el siguiente paso de nuestra especie.

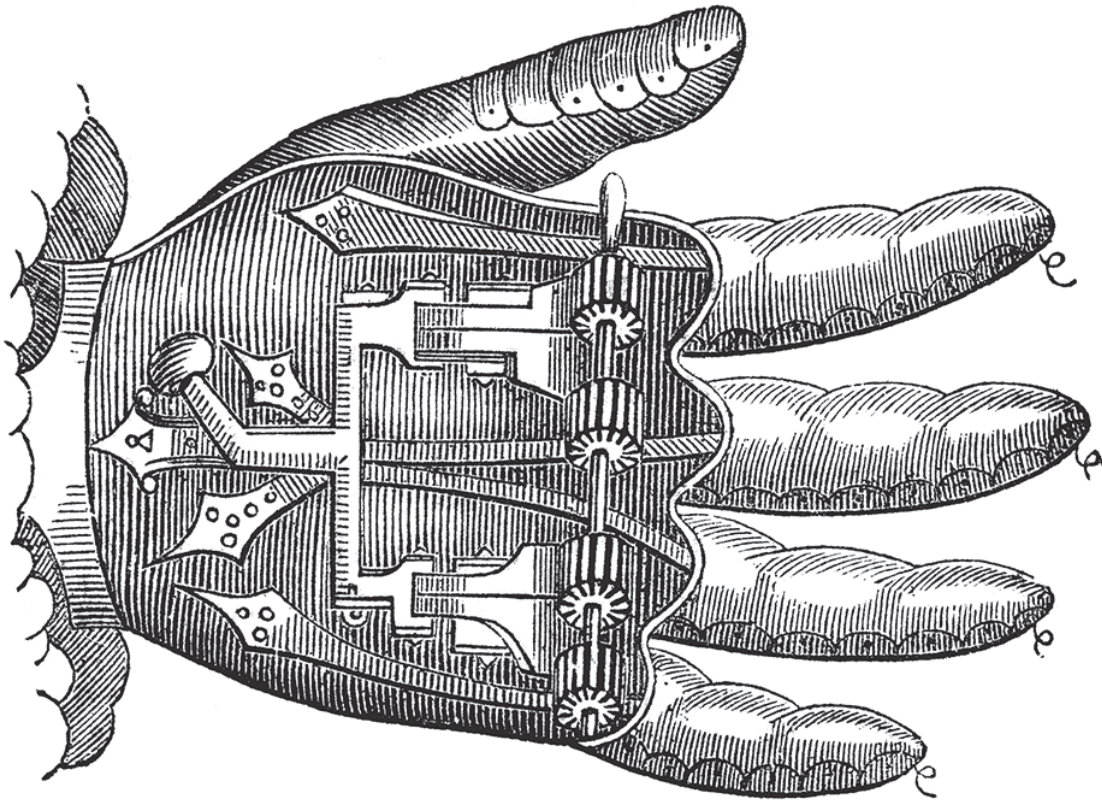
Esta búsqueda personificación de la máquina ha provocado que la línea que divide al arte de la ciencia en el imaginario del hombre diluya constantemente sus límites. Las contribuciones pasan de lado a lado, yendo en la dirección de la premonición a la realidad constantemente.

Resulta curioso que fue dentro de la ficción teatral, adecuado espacio para la imitación, el lugar en que las máquinas hechas a semejanza de su creador recibieran su nombre. Cuenta la leyenda, pues el diccionario de checo actual no lo confirma, que la palabra *Robot* en dicha lengua significa “labor forzada”, “servidumbre” o “esclavo”; el término fue acuñado por la necesidad del escritor Karel Čapek de encontrarle un nombre al constructo humanoide que lleva a cuestas la temática de su obra *R.U.R.* (“*Los Robots Universales de Rossum*”) escrita en 1920. Čapek, inspirado muy probablemente en ese Golem todavía escondido en una sinagoga de Praga y en el incipiente avance tecnológico del primer cuarto del siglo xx, toma los tres actos teatrales como un modo de exposición dialéctica en donde los pros y contra de esa nueva especie que nos librerá de la faena cotidiana

son declarados con aparente ingenuidad para nuestros ojos del siglo xxi —que creen haber visto casi todo—, pero que en realidad sorprenden por su visión hacia un futuro muy presente para nosotros.

La obra expone su tesis en el primer acto mostrando la ideología de Harry Domin, el administrador de la fábrica Rossum, quien produce y envía robots en masa al mundo entero con la misión de liberar por completo al ser humano de la molestia laboral, bajo la idea utópica que las máquinas humanoides, nuestros nuevos esclavos, puedan proveernos de toda necesidad imaginable para arrojarnos a un paraíso de ociosidad interminable. En oposición a Domin, Čapek introduce a un peculiar personaje femenino que llega a reclamar los derechos de los siervos mecanizados y convence con su belleza a los débiles científicos de la fábrica de dotar a la máquina de sentimientos y raciocinio para elevarlos en su calidad de esclavos —por insólito que parezca esta obra tiene tintes de vodevil, muy propios de la época—.

Para el segundo acto, los robots ya superan en número a los humanos, pues además de una baja en la reproducción, su uso dentro de tareas militares ha logrado mermar a la población mundial, pero ahí no acaba la tragedia. Ahora, ya dotados de conciencia, los robots han comenzado a desarrollar una posición adversa acerca de la obediencia para la que fueron programados y han comenzado a amotinarse reclamando sus derechos. Domin y sus científicos, así como la mujer emancipadora, intentan huir, pero son acorralados por una sublevación de miles que los rodean con un terrorífico silencio. Todos verán su fin a manos de los siervos mecánicos, no sin reconocer tardíamente que el rencor y la ira son los instintos de más fácil imitación. Para el tercer acto sólo quedan robots desolados en espera de encontrar la fórmula para su reproducción, pues los



humanos extintos son quienes sabían el secreto, aunque cierto desarrollo en su capacidad sentimental apunta a la esperanza de verlos como la nueva especie que podrá seguir escribiendo la historia del planeta tierra.

En *R.U.R.*, Karel Čapek establece una lección moral sobre la codicia humana y el progreso, castigando al hombre con su propia extinción y reemplazo por una especie creada por él mismo. Una amenaza que constantemente ronda el imaginario relativo a estos seres en calidad de advertencia y escenario real, pues aún sin cara nos desplazan día a día en la línea de producción.

El deseo de ser reemplazados en la afanosa tarea cotidiana continuó poblando la esperanza y el imaginario del siglo xx a miles de revoluciones por minuto; la ficción literaria, el cine, la tecnología y la ciencia establecieron fechas de materialización con miras al refulgente siglo xxi, pero conforme se fue acercando el fin de siglo se vieron rebasadas las expectativas.

Más allá de nuestros fieles aliados, los electrodomésticos, los miembros de algunas generaciones todavía podemos recordar la fantasía que nos vendió la caja idiota de incorporar a la vida doméstica un auxiliar modelo que preparara el desayuno y nos trajera las

pantufles, pero hasta ahora no lo hemos visto aparecer en la realidad. *Asimo*, el robot de la fábrica japonesa Honda, uno de los cuatro más avanzados del planeta, ha pasado sus últimos treinta años evolucionando de un par de piernas mecánicas a una forma semi humana y amable que logra entender órdenes, realizar servicios varios y hasta jugar fútbol para hacernos gracia, pero su comercialización está pendiente por encontrarse aún en fase de desarrollo.

Otra versión imaginaria que nos metieron en la cabeza es la del artefacto desobediente que va tras la aniquilación de su creador. Sin ser explícito en dicha misión, el robot *Atlas* —una creación firmada por Boston Dynamics, compañía cuyos fondos de investigación provienen de las arcas militares estadounidenses y que recientemente fue comprada por *Google*, los dueños del fantástico algoritmo que gobierna nuestra mente—, ha sido perfeccionado con una resistencia y fuerza que van más allá del humano para sustituir al hombre frente al peligro como las zonas de desastre, pero también en el campo de combate tal y como lo predijo Čapek. La misma firma también es responsable de robots animaloides como *Cheetah* y *Wildcat*, cuya velocidad es idéntica y


puede llegar a exceder a la de los originales de manera tan sorprendente como terrorífica.

Pensando en este escenario, y de vuelta a la ficción, Issac Asimov estableció una serie de leyes preventivas al respecto, cual si fuesen mandamientos bíblicos que exigen obediencia integral y prohibición de daño alguno a todo ser humano, incluso si semejante acción se encuentra revestida por una ordenanza programada. Asimov establece dentro de su fabulación un mundo en donde la nueva especie resulta ser una versión más noble y avanzada en cuanto a valores que la anterior, para la que el *slogan* de “están aquí para ayudarnos” resulta en un ejemplo de solidaridad y entrega insólita, pues siempre irá más allá de las posibilidades y disposiciones humanas. Sin embargo, esta supuesta benevolencia incorporada en sus circuitos constantemente se verá sacudida por su existencia perenne de seres sin voluntad, siempre expuestos al peligro de responder a una orden sin cuestionarla, característica que recuerda incómodamente a sus creadores.

Para evidenciar de algún modo esta tesis, en la obra de Čapek no se utilizaba efecto especial alguno para caracterizar a los actores robots, su juego consistía en mostrar a un símil indistinguible al ojo inexperto, alguien como nosotros. Un espejo fascinante y aterrador a la vez. Hijos simulacro de una ralea extrema y compleja, que imitan nuestros errores y en los que imaginamos podrán algún día llegar a experimentar también aquellas formas sublimes de improbable programación mecánica, pese a que nuestro imaginario

de padres sobreprotectores rara vez los ubica con una vida independiente a nosotros.

La mirada del cineasta Spike Jonze sorprende al respecto con el mediometraje *I'm Here* (2010)¹ en donde nos muestra una posibilidad absolutamente realista para el presente que vivimos, mostrando a los robots como miembros de una clase baja destinada a realizar las labores más anodinas y fastidiosas para el humano. Pese a que su nivel de conciencia ya parece ser equiparable al de nosotros, su fisonomía está compuesta por equipo de cómputo descartado, cual estigma que los hace subsistir nulificados ante cualquier posibilidad de acción fuera de la fuerza laboral. Dentro de semejante panorama, Jonze se centra en Sheldon, un robot asistente de biblioteca con una vida dolorosamente rutinaria, y Francesca, una rebelde de la misma casta sin función definida, para ensayar la posibilidad de un amor entre estos hijos mecánicos, como un guiño de probabilidad que los pueda coronar como una verdadera nueva especie. Jonze encuentra en estos seres a las bondadosas criaturas de Asimov, planteando una relación amorosa en la que el sacrificio por el otro va más allá de lo humanamente factible.

Quizás las máquinas son ese siguiente paso que nuestra aparición detuvo en las especies o acaso sólo somos nosotros el sueño que sueña un androide en sus horas de trabajo. 

¹ <https://vimeo.com/23906411>